

# Un primer opúsculo de Suárez desconocido hasta ahora

(DE ESSENTIA, EXISTENTIA ET SUBSISTENTIA)

Siempre ofrecen peculiar interés los procesos genéticos de las grandes obras, y el espíritu moderno que las contempla gusta de trascender su superficie, para admirar en la profundidad al personaje que para producir las tantea y forcejea. La historia de la filosofía ha proclamado como obra de singular mérito, y como punto de arranque de una nueva era en la especulación filosófica, las *DISPUTATIONES METAPHYSICAE* de Francisco Suárez, ilustre y renombrado entre tantos alumnos tan gloriosos que frecuentaron las aulas de la insigne Universidad de Salamanca. En él llegó a plena madurez la ubérrima y exquisita floración que al lúcido calor del maestro Francisco de Vitoria brotara pujante a principios del siglo XVI. Suárez es un eslabón de la cadena de personajes iniciada por Vitoria: Soto, Cano, Medina, Báñez, Luis de León... Imbuído en el ambiente y en los métodos salmantinos, en un humanismo cristiano ponderado y equilibrado, en un sano sentido de realismo y objetividad, animado por el espíritu positivo y crítico allí fomentado, para aprovechar debidamente depurados los tesoros de ciencia legados por la antigüedad, logró en la filosofía y en sus métodos una honda metamorfosis que la llevó a plena sazón. Las *DISPUTATIONES METAPHYSICAE* marcan la madurez de la filosofía escolástica.

Esta en un principio se había desenvuelto en el seno de la Teología, sirviéndola incidental y ocasionalmente para ampliar

o confirmar sus conclusiones, pero sin constituir todavía un organismo autóctono e independiente, por más que formara un como tejido invisible, si bien espeso y continuo, de ideas y principios filosóficos acoplables en sistema. Al ir más tard. progresando las fases de su proceso evolutivo vivió un período todavía infantil: se había separado, sí, de la Teología y alentaba con vida propia, pero niña aún y débil era conducida de la mano por Aristóteles, pues las grandes exposiciones filosóficas de entonces se reducían a comentarios del Estagirita; hubo, es verdad, algunas raras excepciones de esta ley, y entre ellas debemos señalar como la principal el opúsculo *De ente et essentia*, de Santo Tomás, de tanta tradición en la Escolástica.

Con Suárez llega la metafísica a la virilidad madura: ya su vida no depende orgánicamente de la Teología, ni necesita de pedagogos o manúductores. Vive de su propia sangre, se sostiene y desenvuelve de por sí, organizándose en un contenido científico, metódico y armónico. Con registrar esta mayoría y emancipación de la Metafísica, queda afirmada no menos la del conjunto de la filosofía escolástica, siendo aquélla cabeza y cerebro de ésta.

Claro es que estos procesos evolutivos llevan un ritmo lento, y que no pudo la filosofía alcanzar su plenitud repentinamente por solas las aportaciones suarezianas. La evolución fué prolongada, sus fases se extendieron por decenios y siglos. Suárez encontró un organismo ya desenvuelto, pero él fué quien de la historia recibió el cometido de transformar aquella adolescencia viril en madurez definitiva.

Entrando ya en nuestro tema, podemos partir de una suposición inicial evidente: ni siquiera en Suárez adquirió la Metafísica su perfección de improviso: las ideas, aun las concebidas en momentos de intuición genial, requirieron su tiempo de gestación, a las veces laboriosa y difícil, a las veces rápida y fácil; para cuando se ha logrado su unidad orgánica y constituido un sistema, se han requerido grandes esfuerzos mentales y profundas meditaciones. Y todavía, para cuando esas concepciones plasman en una forma concreta de redacción, y se logra efectivamente ésta, y el libro por fin sale a la luz pública, transcurren años y años de trabajo constante que nos dejan, como monu-

mento de un gran genio, un volumen impreso, estático; nosotros lo leemos ávidamente, lo utilizamos para formación propia, quizás lo reprendemos y criticamos, y no nos detenemos a reflexionar y considerar a través de aquellas hojas al hombre que en esfuerzo dinámico las creó y redactó, al que las maduró en su mente requiriendo de ella un trabajo intenso, denodado, y no siempre coronado del éxito al primer conato.

Trataremos de fijar hoy los primeros pasos dados para la formación de las 54 Disputas que integran la gran creación filosófica de Suárez.

## I

## EL OPUSCULO

La primera obra publicada por Suárez es su comentario a la tercera parte de la Suma de Santo Tomás. El primer volumen lleva este título: *COMMENTARIORUM AC DISPUTATIONUM IN TERTIAM PARTEM DIVI THOMAE TOMUS PRIMUS*, y contiene los comentarios de las primeras 26 cuestiones que integran el tratado sobre la Encarnación del Verbo. Está editado en Alcalá en 1590, a expensas del Colegio de la Compañía, al cual Suárez había venido desde Roma, forzado, por su mala salud, a dejar la cátedra del Colegio Romano. Estos Comentarios contenían el fruto de las explicaciones de Suárez durante el curso de 1584 a 1585. De hecho se conservan en varios archivos las notas tomadas por algunos al escuchar sus prelecciones. Esta primera edición es de proporciones notablemente más reducidas que la tercera de Salamanca, considerada por Suárez como obra nueva. Esta refundición de 1595 es la que en sucesivas ediciones se ha conservado, y nada de extraño tiene que algunas modalidades exclusivas de la primera hayan pasado inadvertidas a la crítica. Nosotros, cuando pretendíamos investigar con algún detenimiento las doctrinas de Suárez acerca de la subsistencia y de las nociones con ella íntimamente unidas de esencia y existencia, al mismo tiempo que las evoluciones que en torno a ellas hubiese tal vez experimentado Suárez, hubimos de examinar forzosamente la primera edición de la obra

*De Incarnatione*. Encontramos más de lo que esperábamos: Suárez había consagrado al punto preciso de nuestro estudio una atención especializada.

Efectivamente. Al tratar en la Disp. VII, sección III, sobre lo que constituye el término propio de la Encarnación y preguntarse, si tal es, precisamente, la personalidad, era imprescindible un estudio de la tradición católica, tanto patrística como conciliar, para determinar, según ella, el sentido de los términos usuales de subsistencia e hipóstasis. En este punto encontramos la siguiente promesa, que nos interesó vivísimamente:

«Ubi enim Latine est vox Subsistentia, graece habetur hypostasis. De qua voce et etymologia eius plura tradentur in disputatione de essentia, existentia et subsistentia creaturae» (1).

Es decir, que sobre el tema de nuestra investigación íbamos a encontrar una disputa completa, que, a no dudar, se desarrollaría con la plenitud y profundidad que a Suárez caracterizó ya desde su primera obra.

Llegamos a la Disp. VIII no sin ansiedad, pues entraba ya Suárez en el estudio propio y directo de la Encarnación en sí, para el cual necesitaría perfilar las nociones que nos interesaban. La sección I de esta disputa pregunta si la Encarnación es una unión substancial de naturaleza humana y persona del Verbo. Demostrada la substancialidad, necesita Suárez especificarla para ultimar su estudio. De entre las cuatro uniones substanciales que darse pueden, es la tercera la de esencia y existencia. Notó Suárez que tal unión, según los Tomistas, es real de dos entidades realmente distintas; en este lugar, por primera vez, a lo que creemos, adopta su posición tan combatida posteriormente. Esa unión no es de dos cosas distintas. Aquí habríamos de esperar una exposición amplia de esta doctrina, pero Suárez se expresa con extraño laconismo, remitiéndose a otro tratado:

«Solum potest unum extremum, scilicet essentia, concipi quasi eius potentiale in potentia obiectiva, et aliud scilicet existentia, per

(1) *De Inc. D. VII, S. III, p. 149, b.*

modum actus, seu tanquam modus constituens ens actu in rerum natura, quae omnia in illo opusculo de essentia, existentia et subsistentia late tractata sunt» (2).

Y pocas líneas después, al enunciar la cuarta composición, se lee lo siguiente:

«Quarta ergo compositio substantialis est ex natura et subsistentia seu supposito, de qua prout in creaturis ex natura rei reperitur, satis in dicto opusculo multa dicta sunt» (3).

Lo que antes era promesa, y promesa de una disputa, al parecer, incorporada a la obra misma, aquí, en estos dos textos, se ha transformado en un opúsculo ya realizado, y no de reducidas dimensiones, sino de alguna amplitud manifestada por las palabras "late tractata", "multa dicta sunt".

Podemos ya desde ahora asegurar la existencia del opúsculo y fijar su título: *De essentia, existentia et subsistentia*. Con este título y con las referencias que al opúsculo encontramos hechas a lo largo de la edición complutense nos es dado también delimitar y esquematizar, al menos en parte, su contenido. Suárez ha expuesto en él la famosa cuestión de si la esencia de la criatura y su existencia se distinguen o no realmente, y ha definido que no, explicando sistemáticamente su concepción: Para Suárez la esencia es un sér potencial, con potencialidad objetiva o mental, no física o real; la existencia es un acto o un como modo, cuya función es constituir un sér, poniéndolo entre las cosas reales. También otra cuestión debatidísima ha sido objeto de estudio en ese opúsculo, la relación entre naturaleza y subsistencia. No nos consta aún la posición tomada por Suárez, si bien nos dice él que se ha detenido a explicar detalladamente, según las etimologías y los usos de la tradición, los términos *subsistencia* e *hipóstasis*, sin duda, por cuanto la opinión sustentada por Suárez, fuere cual fuere, habrá tenido que ser contrastada con la tradición católica. Creemos que estas deducciones son ciertas y que tenemos probada la existencia de un opúsculo de Suárez desconocido hasta ahora.

(2) *De Inc. Disp. VIII, S. I, p. 161, b.*

(3) *Ib., p. 161, b.*

Pero no lo hemos dicho todo. Todavía en esa misma Disp. VIII, en la sección III, vuelve a referirse Suárez al mismo opúsculo. En dicha sección trata de solucionar algunas dificultades que en el misterio de la Encarnación ocurren. De ellas la primera proviene de la naturaleza humana asumida por el Verbo, pues no parece posible que pueda ella subsistir con la subsistencia del Verbo. Expuestas las razones que inclinan a esta imposibilidad, al tratar ya de solucionar la objeción, dice Suárez:

«Exacta huius dubii expositio pendet ex tribus metaphysicis quaestionibus, quae singillatim in dicto opusculo disputavi» (4).

Y concisamente apunta a continuación las tres cuestiones. La primera es cómo se distingue en las criaturas la esencia de la existencia, y de nuevo encontramos afirmada categóricamente la posición suareziana; si se trata de la esencia en cuanto es entidad actual que sea algo fuera de sus causas (5), entonces la distinción no es real, porque la esencia viene a quedar constituida en ese estado precisa y formalmente por la existencia. Segunda cuestión: qué añade la supositalidad a la naturaleza tratándose de personas creadas. Suárez aquí supone, sin detenerse a explicarlo, lo ya expuesto en el opúsculo; a saber, que la supositalidad añade un modo con el que dicha naturaleza queda ya ultimada para que sea en sí y por sí, sin necesidad de otro en quien subsistir. Ese modo se distingue realmente de la naturaleza, como la inhesión actual del accidente es distinta de la entidad esencial de la forma accidental (6). Finalmente se pregunta cómo se distinguen la existencia de la naturaleza substancial, en cuanto tal, y la subsistencia creada. De acuerdo con lo resuelto en las dos cuestiones anteriores, hay

(4) *De Inc.* Disp. VIII, S. III, p. 167, b.

(5) «Et suppono in re non distingui, si sumatur essentia, quatenus entitas actualis est, habens aliquod esse extra causas suas, quia in eo statu intelligitur constitui formaliter per ipsam existentiam». *Ib.*, p. 167, b, 168, a.

(6) «Et suppono addere positivum modum, quo perfecte terminatur talis natura, ut in se, et per se sit, neque indigeat alio sustentante. Qui modus ex natura rei distinguitur ab ipsa creata natura ad eum modum, quo inhaerentia actualis distinguitur ab ipsa entitate formae accidentalis». *Ib.*, 168, a.

que decir, y dice Suárez, que la subsistencia es un modo de la naturaleza existente en cuanto existente, y por lo tanto también de la existencia misma. En virtud de la existencia, a la naturaleza sustancial tan sólo se le da el estar fuera de sus causas, con aptitud para ser en sí y por sí; la subsistencia la termina y completa actualmente, haciéndola ya existir por sí y en sí. Algo de esto, con la debida proporción, ocurre con el accidente, también el cual se constituye por la existencia fuera de sus causas con aptitud o necesidad de ser en otro, pero el ser de hecho y actualmente en otro se lo da la modalidad de la inherencia (7).

Tenemos ya con esto el esquema fundamental del opúsculo. Lo podemos todavía completar en algunos detalles más. Por ejemplo, al tratar de las relaciones entre naturaleza y subsistencia se estudia, a la vez, si puede en absoluto una naturaleza sustancial existir sin subsistencia alguna, ni propia ni ajena: Suárez se inclina a que no; pero sin tratarlo remite al lector al opúsculo (8). También se trató en él de las nociones de subsistencia y existencia (9); sobre esta última con amplitud, pues indicados y probados sus elementos principales dice:

«Quod autem iste sit proprius et praecisus conceptus existentiae, late ostensum est in propria disputatione metaphysica de hac re» (10).

Así y todo, en este comentario a la tercera parte de la *Summa* se detiene de nuevo a explicar y comprobar esta noción, que debía de ser fundamental en la construcción sistemática de la metafísica de Suárez.

Finalmente, al tratarse de la relación entre la naturaleza y la subsistencia, se estudió en particular el caso de las natura-

(7) «Dicendum est... subsistentiam esse modum naturae existentis, ut existens est, atque adeo existentiae ipsius. Nam ex vi existentiae solum intelligitur natura esse extra causas suas, et apta, ut in se, et per se sit; per subsistentiam vero actu terminatur, et quasi formaliter constituitur in modo per se essendi, sicut proportione servata intelligitur in exemplo dato de inhaerentia accidentis, quae est modus existentiae accidentalis. Nam ex vi illius solum constituitur forma accidentalis extra causas suas apta ad existendum in alio; per modum autem inhaerentiae terminatur, ut actualiter in alio existat». Ib.

(8) *De Inc.*, D. VIII, S. III, p. 169, b.

(9) *De Inc.*, Disp. XI, proemium, p. 209, b.

(10) *De Inc.*, Disp. XXXVI, S. I, p. 566, b.

lezas compuestas de materia y forma: la subsistencia ¿es de la materia sólo, de modo que el compuesto reciba de ella su denominación, o, más bien, es la naturaleza completa la que recibe la subsistencia? Remitiéndose de nuevo al opúsculo de que tratamos, Suárez indica aquí su inclinación al último miembro de la disyuntiva, y con esa base discurre sobre la posibilidad o imposibilidad de la asunción de una naturaleza irracional por parte del Verbo (11).

Reuniendo ya cuanto hemos hallado, tenemos que este opúsculo de Suárez, el primero de que tenemos noticia directa, titulado *De essentia, existentia et subsistentia*, hace un análisis filológico y filosófico, y respecto a subsistencia, también histórico-crítico, de cada una de esas nociones titulares. Además estudia las relaciones mutuas de las realidades por ellas designadas, deduciendo que esencia y existencia en la realidad se identifican; que naturaleza y subsistencia en realidad se distinguen, siendo ésta un modo de aquélla. Respecto a la relación de existencia y subsistencia, se deduce que por la existencia identificada con la naturaleza ésta se constituye fuera de sus causas y apta para ser en sí; la subsistencia da a la naturaleza esa plenitud y totalidad, y es, por lo tanto, el complemento de la existencia. Dentro de este esquema general, particularmente ha estudiado Suárez si es o no posible que una naturaleza substancial exista sin subsistencia alguna, ni propia ni ajena, y cómo subsisten las substancias compuestas de materia y forma.

Comprobada la existencia del opúsculo y definido en general su contenido pasemos a examinar dos cuestiones obvias: cuándo se compuso este opúsculo y si se conserva o no.

## II

### TIEMPO DE SU COMPOSICION

Sobre el tiempo de la composición nos iluminan suficientemente algunas indicaciones hechas de paso en la primera edición

(11) *De Inc.*, Disp. XIV, S. II, p. 273, a.

que estamos manejando. Por de pronto, en aquella primera alusión que arriba mencionamos sólo teníamos una mera promesa de tratado que más tarde se debía desarrollar: "se dirá más en la disputa acerca de la esencia, existencia y subsistencia de la criatura" (12). Estas palabras vienen a indicarnos evidentemente que al redactarlas no estaba todavía compuesto el opúsculo, ni siquiera se intentaba hacerlo, ya que aquí sólo se promete una mera disputa particular. En cambio, desde la disputa siguiente en adelante las referencias son, no a un tratado que dentro de la obra haya de seguirse, sino a un opúsculo independiente y ya redactado y terminado. Por lo tanto, es entre estas dos disputas cuando se compuso el opúsculo, dejando así expedito el camino para tratar desembarazadamente sobre la Encarnación. Suárez mismo es quien nos explica en términos expresos la razón por qué cambió su intención primitiva. Cuando, según hemos ya indicado, necesitaba dilucidar tres cuestiones metafísicas previas a la solución de algunas dificultades contra la Encarnación, incluye Suárez este inciso:

«... ex tribus metaphysicis quaestionibus, quas singillatim in citato opusculo disputavi, ne huius materiae cursum impedirent, ideoque hic solum supponam» (13).

Suárez, pues, para no interrumpir con disquisiciones prolijas sobre metafísica sus estudios teológicos, optó por escribir aparte de ellos cuanto de metafísica se requería como base de su tratado sobre el misterio de la Encarnación.

Así, no cabe pensar que este primer opúsculo fuera redactado por Suárez durante sus años de teología en Salamanca, durante los cuales, perfeccionando su formación filosófica, harto rápida y estéril algún tiempo, se entregó a profundizar en los problemas metafísicos y aun debió de redactar algunas páginas de filosofía (14). Ni siquiera data este opúsculo del tiempo de

(12) Cfr., nota 1.

(13) *De Inc.*, Disp. VIII, S. III, p. 167, b.

(14) Cfr. R. DE SCORRALE: *François Suárez, de la Compagnie de Jésus*. París, 1912. Tomo I, p. 96. Como fuente de estos datos cita a DESCAMPS: *Vida del venerable Padre Francisco Suárez...* Perpiñán, 1617, parte I, cap. XIV.

profesorado de Filosofía en Segovia o Avila, en el cual redactó para sus clases algunos comentarios de Aristóteles y su tratado *De Anima*, que fué publicado póstumo sin recibir los retoques y complementos con que el anciano Suárez pensaba prepararlo para la imprenta. Aun dada la existencia de estos comentarios, no fueron ellos destinados a la publicidad, y por lo tanto no quitan la primacía cronológica que al opúsculo nuestro queremos conceder (15).

Tenemos particular gusto en detenernos aquí un momento para notar una coincidencia interesante, aunque extrínseca, de Suárez con su maestro Santo Tomás. La primera gran obra del Santo Doctor, como lo exigían los usos de la época, fueron sus comentarios a las *Sentencias*, de Pedro Lombardo. Santo Tomás estaba ya orientado desde Colonia por su maestro Alberto Magno hacia la filosofía aristotélica, y en ella basaba sus comentarios hablados y escritos al texto. Dicha filosofía no estaba generalizada entre los estudiantes de París, sino más bien era mirada con recelo y odiosidad, tanto más que la autoridad eclesiástica local y pontificia se había pronunciado en su contra: por esto las explicaciones de Santo Tomás, como licenciado antes de llegar al Magisterio, difícilmente podían ser entendidas por sus alumnos, y rogado sin duda por ellos, interrumpió la redacción del comentario a las *Sentencias*, cuando estudiaba la Distinción XXV del primer libro, para resumir, en un librito manual, los puntos principales de la metafísica aristotélica, necesarios para comprender la construcción teológica del Aquinate. Tal es el origen del celeberrimo opúsculo de Santo Tomás titulado *De ente et essentia, ad fratres et socios* (16).

(15) A este tiempo debe de pertenecer la redacción del siguiente manuscrito, anotado por el P. Rivière: *Metaphysica Aristotelica Iesuítica ad mentem Dns. Angelici interprete V. P. Fran. Suárez*, de 180 folios, en 4.º Según comunicación hecha por el P. Eugenio de Uriarte, se hallaba este manuscrito en la biblioteca de los jesuitas de Tarragona el siglo XVIII. RIVIÈRE-SCORRAILLE: *Suárez et son oeuvre à l'occasion du troisième centenaire de sa mort*. 1617-25 septiembrenovembre-1917, Barcelona, 1918. I. La Bibliographie, n. 501, p. 33.

(16) Al señalar la época de la composición de este opúsculo de Santo Tomás seguimos la opinión ponderada y bien razonada en argumentos intrínsecos de ROLAND-GOSSELIN, O. P., *Le «De ente et essentia» de S. Thomas D'Aquin*, Kain, 1926, Introduction, ps. XXVI-XXVIII.

El paralelismo entre Santo Tomás y Suárez en este punto histórico es innegable. Ambos trabajan en su primera gran obra interpretando, según las medidas de sus talentos, a los grandes maestros de sus épocas respectivas; ambos la interrumpen para escribir un opúsculo filosófico, y ambos coinciden no poco aun en los títulos de él y en la materia tratada. Es éste un homenaje que inconscientemente, sin duda, rindió Suárez, el discípulo, a Tomás, el maestro, de quien tan devoto se mostró ya en el prólogo de esta su primera obra.

## III

## HISTORIA DEL OPUSCULO

¿Y qué fué de este opúsculo? Si examinamos las noticias biográficas que de Suárez se conservan, en ninguna de ellas encontramos referencias sobre este punto. Scorraille, al fin de su magnífico estudio biográfico de Suárez, ha dedicado un capítulo de verdadero especialista a las obras suarezianas, tanto impresas como inéditas, entre las cuales no se hace mención del opúsculo *De essentia, existentia et subsistentia* (17). Posteriormente a Scorraille, y como fruto de investigaciones diligentísimas en archivos y bibliotecas, publicó el P. Rivière un opúsculo destinado a conmemorar, en 1917, el tercer centenario de la muerte de Suárez. La primera parte del folleto es una bibliografía, la más completa publicada hasta hoy, de todas las obras de Suárez impresas e inéditas, señalando de aquéllas todas las ediciones, aun cuando no han podido menos de escapar algunas secundarias. El trabajo de Rivière, que tiene en cuenta aun los manuscritos de los alumnos de Suárez, con las notas tomadas en sus explicaciones, ninguna alusión hace al opúsculo que nos ocupa. Podemos de ello deducir que nada se conserva de este opúsculo, ni impreso ni inédito, haciendo las salvedades que siempre aconseja la prudencia cuando de archivos se trata, pues bien sabido es que en el rincón menos esperado puede aparecer de

---

(17) SCORRAILLE: Loc. cit. Tomo II, libre VI, chap. I.

pronto un manuscrito buscado quizás largos años en otros archivos que parecían más indicados para poseerlo.

¿Hemos de contentarnos, por lo tanto, con las noticias esquemáticas que del opúsculo nos ha dado la edición complutense del *De Incarnatione*?

Al hacer la rebusca de los lugares paralelos debe tenerse en cuenta el carácter peculiar de la edición salmantina, denominada por Suárez tercera, aunque en realidad se trataba ya de la cuarta, pues no sabiéndolo su autor, además de la edición de Lyon, en 1592, se había impreso otra en Venecia, en 1593. En Alcalá había tenido que reprimir y podar Suárez la abundancia exuberante de su sabiduría, temeroso, por una parte, de que fuere excesiva la mole del volumen, y por otra, dominado por su modestia, vencida al fin únicamente por fuerza de quien tenía autoridad sobre él. Pero la experiencia decía que, dada la gravedad de las cuestiones tratadas y su dificultad, resultaba el escrito primitivo excesivamente conciso y convenía ampliarlo, tanto más que ya las opiniones en él sustentadas habían sido atacadas y se imponía la necesidad de defenderlas y corroborarlas. Por ello resultó el volumen de la nueva edición notablemente mayor, y apenas quedaba ya disputa que no hubiera sido retocada y ampliada como para poderse afirmar que se trataba de una obra nueva (18). Por esta causa no siempre coinciden los pasajes de la primera edición con los de la tercera, pues no raras veces ha sufrido cambios la numeración de las secciones, bien por la añadidura de otras nuevas, bien por el nuevo orden en que las antiguas han sido encuadradas.

(18) *Commentariorum ac disputationum in tertiam Partem divi Thomae, tomus primus...* Editio tertia. Salmanticae, MDXCV. «Ad eundem pium lectorem de hac posteriori editione admonitio. In huius operis editione priori veritus sum ne longum id nimis, prolixumque videretur; postea vero a multis, quibus credere par erat, plane intellexi, multa potius in eo concisiora visa fuisse, quam exigebat argumenti et gravitas et difficultas. Praeterea post librum hunc in lucem editum alii prodierunt, qui doctis illis quidem, acutisque contra nostram doctrinam obiectionibus, excitarunt, impuleruntque nos, ut quae prius scripseramus, vel explicaremus amplius, vel confirmaremus ac defenderemus. Quod utrumque in causa fuit ut liber non parum excreverit: vix enim in eo ulla disputatio reperietur, non multo, quam edita primum fuerat, locupletior, ut non inmerito novum, aliudque opus possit et appellari, et existimari.»

Así advertidos, veamos qué se ha hecho de aquella primera promesa que de una disputa sobre esencia, existencia y subsistencia habíamos hallado. Ahora leemos:

«Ubi enim Latine est vox Subsistentia, graece habetur hypostasis. De qua voce et etymologia eius plura tradentur in disputationibus metaphysicis, quas prope diem in lucem dabimus» (19).

Y las primeras alusiones que al opúsculo se hacían en 1590 ahora se han reformado del modo siguiente. Con las mismas palabras de antes vuelve a exponerse la concepción suareziana sobre la esencia y la existencia, y luego continúa:

«Quae omnia in disputationibus metaphysicis, iam iam praelo mandandis, late tractanda sunt» (20).

Y de modo semejante pocas líneas después vuelve a decirse:

«Quarta ergo compositio... de qua, prout in creaturis ex natura rei reperitur, satis in Metaphysica multa dicta sunt» (21).

La sustitución es evidente: lo que de primera intención se iba a reducir a una disputa filosófica intercalada en una obra teológica subió a ser un opúsculo independiente y completo; y el simple opúsculo, conglobando en torno suyo otras varias cuestiones, quedó incorporado en una obra amplísima, de la que ya en 1595 se nos da razón, dos años antes de que apareciera al público. Pues donde antes se decía que algunas cuestiones metafísicas habían sido relegadas a un opúsculo para que no impidieran el curso de la exposición teológica ahora se dice:

«Exacta huius dubii expositio pendet ex tribus metaphysicis quaestionibus, quas, ne huius materiae cursum impedirent, in proprium Metaphysicae Scientiae opus remittendas duximus, quod brevi, ut spero, in lucem edemus, in eoque omnia metaphysica principia, quae

(19) *De Inc.*, 3. ed., Disp. VII, S. III, p. 228, b; en la edición de Vivès, T. XVII, p. 311, a.

(20) *De Inc.*, 3. edic., Disp. VIII, S. II, p. 252, a; Vivès, T. XVII, p. 342, b.

(21) *Ib.*, p. 252, b; Vivès, *ib.*

tam in hoc, quam in aliis theologicis libris supponimus, declarare et persuadere conabimur» (22).

No tenemos por qué seguir confrontando citas, pues, por una parte, está ya suficientemente dilucidada la suerte del opúsculo en cuestión, absorbido por otra obra de mayores dimensiones y pujos científicos, reduciéndose con ello nuestra tarea a identificarlo dentro de la metafísica, y por otra, el último texto nos pone a las claras la razón de ser de las famosas disputas *Metafísicas*, de Suárez.

Estas aparecieron divididas en dos volúmenes impresos en casa de los hermanos Juan y Andrés Renaut, de Salamanca, que también debió de ser el lugar de su redacción, pues en esta ciudad residió Suárez desde octubre de 1593 hasta abril de 1597. La obra salió hacia fines de 1597; todavía el 22 de octubre de ese año hablaba Suárez de ella, en carta de Coimbra al P. Aquaviva, como de libro que debía estar ya terminándose, si no terminado. La división de la obra en dos tomos obedecía a razones puramente materiales, y no por eso había de creerse menguada la unidad de la obra completa. Tan breve iba a ser el intervalo de la publicación de los dos tomos, que, según expresión de Suárez en el prólogo del primero, no llegaría el lector a estudiarlo antes de que saliera el segundo (23), y en el prólogo de éste podía ufanarse legítimamente de haber sido fiel en cumplir lo prometido (24).

El primer tomo, además de los prolegómenos usuales entre

(22) *De Inc.*, 3. ed., Disp. VIII, S. IV, p. 265, b; *Vivès*, T. XVII, p. 361, a.

(24) *Metaphysicarum disputationum R. P. Francisci Suárez, societatis Iesu* tomus primus. Salmanticae, MDXCVII. Al fin del prólogo dice: «Demum benignum lectorem admonendum duximus, unum quidem opus hoc esse, nec eius disputationes fuisse ab uno volumine seiungendas, nisi aliqua nos ratio coegisset. Nam, in primis ne mole sua nonnihil afferret molestiae, in duo volumina illud divisimus: deinde vero, ut, quoad fieri posset, nostrorum laborum studiosis debitum officium praestaremus, hoc prius emisimus statim ac e praelo prodiit, quanvis aliud eo iam processerit, ut existinem, non prius hanc partem perfectam fore, quam illa fuerit in lucem edita».

(24) «Ad pium lectorem brevis admonitio. Ecce, benigne Lector, sine cunctatione ulla, quae tibi molesta esse potuerit, promissa impleo. Et quoniam nunc novum opus non damus, sed coepto iam finem, et quasi fastigium imponimus, ideo illa omnia quasi praeambula...».

los clásicos en obras de este género, contiene el estudio de la noción del sér, de sus propiedades y de sus causas, explanando con particular ahinco el tratado de las causas, dada su importancia, su dificultad y su trascendencia tanto en filosofía como en teología. El segundo volumen comienza por dividir el sér en dos miembros, sér increado y sér creado; al primero se dedican las disputas XXIX y XXX; desde la XXXI hasta la LIV va haciéndose gradualmente el estudio del creado en cuanto tal y en cuanto dividido en todos y cada uno de los predicamentos (25).

La disputa XXXI lleva el siguiente título: *De essentia entis finiti ut tale est, et illius esse eorumque distinctione*. Estamos, pues, ya de lleno en materias que debieron ser tratadas en el opúsculo primordial. Y si en él, según Suárez mismo, se había expuesto con amplitud lo referente a las nociones de esencia y existencia y a sus mutuas relaciones, sea en el orden absoluto o lógico, sea en el real, no debió de ser podado el tratado para su incorporación a la *Metafisica*. La disputa tiene una extensión de 14 secciones, superada en cuanto a esto por otras dos solamente e igualada nada más que por una. Ni ha de juzgarse desproporcionada esta amplitud, pues con el problema de las relaciones entre esencia y existencia del sér creado quiérese desde un principio declarar la razón propia de todo sér creado en cuanto tal (26). La primera sección plantea directamente la cuestión fundamental, si la esencia y existencia del sér creado se distin-

---

(25) «Illud vero obiectum (huius scientiae) quodnam sit, explanat prima huius operis disputatio, simulque in ea praefatur dignitatem, utilitatem, et caetera, quae in proemiis scientiarum scriptores praemittere consueverunt. Deinde in priori Tomo eiusdem obiecti amplissima, et universalissima ratio, qua videlicet appellatur ens, eiusque proprietates, et causae diligenter expenduntur. Et in hac causarum contemplatione latius, quam fieri soleat, immoratus sum, quod et perdifficilem illam, et ad omnem Philosophiam, et Theologiam utilissimam esse existimaverim. In Tomo autem altero inferiores eiusdem obiecti rationes prosecuti sumus, initio sumpto ab illa Entis divisione in *creatum, et creatorem*, utpote quae prior est, et entis quidditati vicinior, et ad huius doctrinae decursum aptior: qui subinde procedit per contentas sub his partitiones, ad usque genera omnia, et gradus entis, qui intra huius scientiae terminos, seu limites continentur.» *Disp. Met.*, Ratio et discursus totius operis.

(26) «Prius declarandum est in quo posita sit communis ratio entis creati seu finiti, quod in hac disputatione propositum est.» *Disp. Met.* T. II, Disp. XXXI prooemium, p. 161; ab. *Vivès*, T. XXVI, p. 224, b.

guen o no en realidad; expuestas las opiniones concernientes al tema e indicada la propia del autor, comiéndase en la II a explayar amplia y gradualmente cada uno de los puntos que constituyen la solución sistemática de Suárez. Por de pronto, la esencia de la criatura antes de ser producida por Dios nada tiene de real físico.

La III sección da un paso más fijando otro principio básico, cuál sea, si de criaturas se trata, la distinción entre sér en potencia y sér en acto y qué es lo que propiamente sér en acto añade a sér en potencia; con esta ocasión se explicá la noción de potencia objetiva. Un paso ulterior examina cómo formalmente tal sér en potencia se hace sér en acto. La respuesta viene dada en la sección IV: la esencia se constituye en acto intrínsecamente real, y fuera de sus causas, por algo real y actual, del todo identificado con ella en realidad; ese algo es con toda verdad existencia, y nada más se requiere para que formal y actualmente se exista, aun cuando en casos se requerirá todavía un complemento subsistencial. Fijado este punto en la sección V, se dilucida con carácter definitivo en la VI el tema general de la disputa: la distinción entre la esencia actual y la existencia no puede ser real ni modal, sino solamente de razón con fundamento real; esto basta para que podamos decir en absoluto que a la criatura no es esencial el existir actualmente. Ahora, por fin, establece Suárez un punto al que en el opúsculo se había concedido peculiar interés: la definición exacta de lo que es existencia.

Las secciones VIII, IX y X tratan de las causas y de los efectos de la existencia; la XI habla de los diversos seres que pueden tener existencia; la XII, de la separabilidad de la esencia y de su existencia; la XIII, del sentido en que puede hablarse de composición de esencia con la existencia, y, finalmente, la sección XIV, para ultimar la noción de sér creado, investiga la necesidad con que la criatura depende del sér increado.

El desarrollo de estos puntos, de los que no pocos habían sido indicados con exactitud en las referencias al opúsculo, ha absorbido la extensión de las páginas en folio comprendidas entre las 161 y la 223. Indudablemente, todas ellas, o, al menos, las

que contienen las ocho primeras secciones, formaban parte del opúsculo.

La disputa XXXII establece temáticamente la primera gran división del sér creado en substancia y accidente, y por lo tanto no parece formara parte del opúsculo; ni tampoco la XXXIII, que trata de la substancia en general. En cambio, la XXXIV entraba de lleno en el opúsculo, y ella, con la XXXI, son lo que en las disputas metafísicas corresponde a él. Su título es: *De prima substantia, seu supposito eiusque a natura distinctione*. El tema se desarrolla en ocho secciones.

En el proemio de la disputa, después de eliminar cuestiones accesorias y más bien dialécticas incluidas por Aristóteles en su tratado sobre la substancia, delimita Suárez con las palabras siguientes los puntos que se propone tratar, para así conseguir fijeza concentrada de atención en un asunto más grave y necesario para varios misterios teológicos:

«Omissis ergo his omnibus, gravior nobis in hoc loco suscipitur disputatio, et maxime propria huius doctrinae, et ad plura Theologiae mysteria imprimis necessaria. In qua primo explicabimus terminos, deinde propriam suppositi rationem, et distinctionem eius a natura declarabimus; ac tandem ad secundas substantias doctrinam applicabimus, communemque rationem ac coordinationem praedicamenti substantiae concludemus» (27).

Este programa nos pone ante los ojos precisamente los temas requeridos para rellenar y completar el esquema del opúsculo.

Lo primero que Suárez se propone dilucidar es si los términos *substancia primera, supósito, persona* e *hipóstasis* dicen o no lo mismo; cuestión ésta íntimamente relacionada con la Teología, lo cual exige un examen previo del uso teológico de dichos términos para luego aplicarlos en filosofía a las criaturas. Con esto tenemos ya tratado uno de los puntos comprendidos en el opúsculo. Otro de los puntos es objeto de la sección II, a saber: si esta supositalidad añade o no algo positivo y real a la naturaleza creada. Indicadas las diversas opiniones sobre el asunto, y, en último lugar, la suya propia, que se decide por

(27) *Disp. Met.* T. II, *Disp.* XXXIV prooemium, p. 250, b. Vivès, T. XXVI, p. 348, a.

la solución afirmativa, queda por determinar la naturaleza de esa entidad positiva y real; esa entidad no puede reducirse a simples notas individuantes ni a meros accidentes, y debe ser algo distinto de la naturaleza substancial (sección III). ¿Qué es ello en definitiva? En la sección IV tiene lugar una amplia discusión de las diversas soluciones propuestas en la escolástica sobre este punto; Suárez enuncia y defiende como propia la siguiente: La subsistencia tiene como función propia terminar y completar la existencia para que subsista por sí y en sí. Es, pues, la subsistencia una entidad modal y distinta de la naturaleza, a la que termina y completa sobreañadida como algo modalmente distinto; la unión de ambas entidades constituye una verdadera y real composición.

Se apuntó en el opúsculo un caso particular dentro de la doctrina general sobre la subsistencia: el de las subsistencias materiales. Trátala Suárez ampliamente en la sección V al investigar la divisibilidad o indivisibilidad de la subsistencia. Nos alargaríamos con exceso si quisiéramos seguir todo el proceso de esta investigación esmeradísima. A continuación expone Suárez la incomunicabilidad de la subsistencia; punto éste de interés en su teoría general y de consecuencias fuertemente controvertidas en Teología. Según Suárez, la noción metafísica de subsistencia, como tal, no incluye incomunicabilidad absoluta y perfecta; admite comunicación por identidad, y de hecho tal se tiene en la esencia divina, subsistente en sí con subsistencia absoluta, según Suárez, e idénticamente comunicada a las tres divinas Personas. Esta comunicabilidad puede darse únicamente en una entidad absoluta de perfección infinita, no en las relativas aun divinas, pues la naturaleza relativa impide esa comunicación, ni en las entidades creadas, por su limitación esencial. La incomunicabilidad metafísica perfecta y total es propia de la supositalidad; y así, consiguientemente, la subsistencia creada, en cuanto tal, es en realidad y en concepto verdadero supósito absolutamente incomunicable (28).

---

(28) Sobre estos conceptos hemos tratado con amplitud, intentando precisarlos con toda exactitud, en nuestro artículo *La noción de subsistencia y supósito en Suárez*, publicado en la revista *ESTUDIOS ECLESIASTICOS*, XVII (1943), p. 33-74.

Como complemento sistemático de estas doctrinas estudia Suárez en las dos secciones siguientes lo referente a las causas y a la causalidad de la subsistencia, para hacer, finalmente, en una última sección consideraciones de orden lógico con miras a hacer luz sobre expresiones aristotélicas.

Así hemos logrado identificar dentro de las Disputas Metafísicas el Opúsculo original de Suárez sobre la esencia, existencia y subsistencia, dado que tenemos ya todos los elementos que buscábamos y que las disputas siguientes no tratan materias insinuadas en dicho opúsculo. Nos falta por examinar el conjunto de las Disputas Metafísicas a la luz de un texto arriba citado y que proyecta perspectivas de importancia sobre esta gran obra de Suárez. Este último aspecto justificará el que hayamos examinado tan al detalle todo lo relativo al opúsculo investigado, pues de no tener en cuenta todas estas perspectivas pudiera juzgarse nuestro estudio como desproporcionado.

#### IV

### GENESIS PSICOLOGICA DE LAS DISPUTAS METAFISICAS

Decía Suárez, refiriéndose a la *Metafísica*, a punto ya de ser publicada, que sería intento de ella el declarar y persuadir cuantos principios metafísicos admitía en aquel y en otros libros teológicos para base de sus concepciones. Aquí tenemos indicado el origen de la *Metafísica*, de Suárez. Interrumpió la publicación de su obra teológica de comentarios a la *Suma* de Santo Tomás, porque al redactar sus escritos se veía frecuentemente necesitado de principios filosóficos, cuyo valor no podía admitir fiado sólo de aforismos tradicionales, sin someterlo a rígido examen. Para no verse precisado a intercalarlos dentro de la teología, rompiendo así la continuidad de la exposición, optó por escribir él mismo una obra de metafísica, a que referirse luego siempre que fuere menester.

Esta insinuación hecha en *De Incarnatione* está enteramente ajustada a las declaraciones de Suárez en el prólogo de su *Me-*

*tafísica*. Comienza en él dando por sabido y afirmándolo categóricamente que nadie llegará a la perfección en Teología como no se haya previamente cimentado con toda firmeza en la *Metafísica*.

«Fieri nequit, ut quis Theologus perfectus evadat, nisi firma prius Methaphysicae iecerit fundamenta» (29).

Siempre había abrigado Suárez esta convicción, que marca un rasgo importantísimo de su personalidad científica integral, y al disponerse a dar a luz sus comentarios teológicos a la tercera parte de la *Suma* había estimado conveniente escribir de antemano con todo esmero su *Metafísica*. Justos respetos, entre los cuales estaría la voluntad del General de la Compañía (30), le movieron a publicar desde luego sus lucubraciones sobre Santo Tomás; pero cuanto más avanzaba en su obra con tanta mayor clarividencia veía lo necesario que la filosofía humana y natural se le hacía para construir sólidamente la teología sobrenatural y divina y explicar, en lo posible, razonablemente los misterios. La lucha de estas convicciones personales, robustecidas por la experiencia, y de los apremios que de fuera venían incitándole a continuar la teología, se decidió al fin en favor de la filosofía. Suárez, decididamente, interrumpió la tarea emprendida, para restituir a la metafísica el puesto que le correspondía. El nuevo empeño consumió más tiempo del previsto; ello acrecentó las impacencias y los apremios de cuantos esperaban con ansia ver coronado el comentario de la tercera parte, y aun a la *Suma* toda de Santo Tomás. Suárez, con todo, nunca se arrepintió de la decisión tomada y abrigó la esperanza de que también sus lectores acabarían por darle la razón y aprobar, juzgándola muy acertada, la interrupción de la obra teológi-

(29) *Disp. Met.*, T. I. Ratio et discursus totius operis ad lectorem.

(30) El P. Aquaviva hacía tiempo que estaba urgiendo la realización de un deseo y un proyecto suyo, a saber: que la Compañía de Jesús tuviese un comentario propio de toda la *Suma* de Santo Tomás. Para lograrlo urgía al Provincial de Castilla que viese el modo de realizarlo. No pudo menos de coger con entusiasmo los esfuerzos del P. Suárez, en quien reconocía singular competencia, cuando le vió poner manos a obra tan importante. Cfr. SCORRAILE: Op. cit. T. I. L. II, ch. IV, n. 3, p. 248 ss.

ca (31). Ciertamente, la historia no ha defraudado las esperanzas del Doctor Eximio.

Esta circunstancia genética de la *Metafisica*, de Suárez, afecta a toda la obra, cargándola de un complejo de caracteres hereditarios, por los que explica el autor el apelativo de cristiana para su filosofía y de filósofo cristiano para sí mismo. Sobre este concepto, tan traído y llevado en nuestros tiempos, hace Suárez indicaciones que no satisfarán, sin duda, a los críticos de hoy, pero que a nosotros nos harán penetrar más y más, según nos lo hemos propuesto, en el alma de la obra de Suárez a través de su personalidad.

Para él, filosofía cristiana dice tanto como filosofía sierva, o *ancilla* de la Teología. Este criterio de servicio no sólo ha regido la selección de los problemas por desarrollar en las disputas, sino que también ha influido, y mucho, en la solución dada a los problemas, inclinándolos positivamente al filósofo cristiano en favor de la que mayores servicios prestara a la piedad y a las doctrinas reveladas, pero siempre desde fuera, sin inmiscuirse en los métodos propios y perfectos de la filosofía. Por esta misma razón se permite Suárez interrumpir el proceso del pensamiento filosófico para intercalar, aunque sin detenerse con exceso, cuestiones teológicas, que como con el dedo fuesen señalando al filósofo cómo han de adaptarse los principios metafísicos para corroborar las verdades teológicas (32).

---

(31) «Intellexi semper, operae pretium fuisse, ut antequam Theologica scriberem commentaria (quae partim iam in lucem prodire, partim collaboro, ut quam primum, Deo favente, compleantur) opus hoc, quod nunc, Christiane Lector, tibi offero, diligenter elaboratum praemitterem. Verum iustas ob causas lucubrationes in tertiam D. Thomae partem differre non potui, easque primum omnium praeo mandare oportuit. In dies tamen luce clarius intuebar, quam illa divina ac supernaturalis Theologia hanc humanam et naturalem desideraret, ac requireret: adeo ut non dubitaverim illud inchoatum opus paulisper intermittere, quo huic doctrinae metaphysicae suum quasi locum, ac sedem darem, vel potius restituerem. Et quamvis in eo opere elaborando diutius immoratus fuerim, quam initio putaverim, et quam multorum expositatio, qui Commentaria illa in tertiam partem, vel (si sperari potest) in universam, D. Thomae Summam perfecta desiderant: tamen suscepti laboris nunquam me poenitere potuit, confidoque, lectorem sententiam meam, vel ipso adductum experimento, comprobaturum.» *Disp. Met.*, ib. cfr. ib. Proven.

(32) «Ita vero in hoc opere Philosophum ago, ut semper tamen prae oculis habeam, nostram philosophiam debere Christianam esse,

Bajo este aspecto podrán los críticos apreciar como dañoso, o menos beneficioso, respecto de la pura especulación, el proceso original de estas disputas. Pero bajo otro ha determinado él uno de sus valores más preciosos y de mayor trascendencia en la historia de la filosofía. En este punto fué Suárez plenamente consciente del paso que daba y de la innovación que introducía, consignándola y razonándola desde el prólogo mismo del primer tomo.

Asegura Suárez que siempre había concedido importancia singular, para comprender y penetrar las cuestiones, al método que se empleara en investigárlas y exponerlas. Teniendo que trazar una construcción filosófica con un fin específico, el de fundamentar, coordinándolos sistemáticamente los principios metafísicos necesarios para su producción teológica fecundísima, parecíale que, metido en los carriles tradicionales de los expositores aristotélicos, no habían de tener logro sus aspiraciones. De atarse al texto de Aristóteles para irlo comentando como tantos otros, sólo incidentalmente y al azar encontraría huecos aptos para colocar allí los temas que necesitaba, a cambio de mil menudencias y cuestiones sin importancia, que consumirían su atención, robándosela a la teología. Suárez necesitaba doctrina filosófica coordinada en unidad sistemática, desarrollada con método apto, lo suficientemente amplia y profunda para que esclareciera y pusiera ante los ojos del lector, como en vasto panorama, pero de luminosa armonía, cuanto fuere menester investigar y conocer acerca del objeto de esta ciencia metafísica (33).

ac divinae Theologiae minihtram. Quem mihi scopum praefixi, non solum in quaestionibus pertractandis, sed multo magis in sententiis, seu opinionibus se'igendis, in eas propendens, quae pietati, ac doctrinae revelatae subservire magis viderentur. Eamque ob causam, philosophico cursu nonnunquam intermisso, ad quaedam Theologica divertito, non tam ut illis examinandis, aut accurate explicandis immorer (quod esset abs re, de qua nunc ago) quam ut veluti digito indicem lectori, quam ratione principia Metaphysicae, sint ad Theologicae veritates confirmandas referenda, et accommodanda.» Ib.

(33) «Et quoniam indicavi semper magnam, ad res intelligendas ac penetrandas, in methodo convenienti inquirendis, et indicandis vim positam esse, quam observare, vix aut ne vix quidem possem, si, Expositorum more, quaestiones omnes, prout obiter, et veluti casu circa textum Philosophi occurrunt, pertractarem: idcirco expeditius et utilius fore censui, servato doctrinae ordine, ea omnia inquirere, et ante oculos Lectoris proponere, quae de toto huius sapientiae obiecto investigari, et desiderari poterant.» Ib.

Estas apremiante intenciones metódicas determinaron la característica individual y original de las disputas; Suárez las organizó en un cuerpo de doctrina compacto y único y prescindió de una vez de los andadores aristotélicos, si bien, por consideración a los posibles deseos de sus lectores, acostumbrados a estudiar la filosofía en los libros aristotélicos, y por respeto a la autoridad del Estagirita, creyó todavía útil redactar un sucinto compendio de la metafísica, que, a manera de índice, reuniera en torno a los libros aristotélicos las doctrinas expuestas en las disputas. La unidad lograda por el Eximio Doctor fué magnífica y ejemplar para la posteridad, capaz de acreditar por sí sola, acuñada como estaba con el sello de originalidad, de gigantesco al talento que la concibió y realizó. Suárez aúna en un proceso continuado y ordenado toda la metafísica, sin parcelarla en general y especial, en teórica y práctica, en ontología y teodicea, en psicológica y cosmológica, aunque no incluyó dentro de ella el estudio del alma espiritual, reservándolo para la filosofía natural, de la que era propiedad y corona ese tratado.

El peso formidable de esta magnífica construcción, sólida, armónica y distinguida, pronto se impuso a la tradición escolástica. Su aparición implica la desaparición casi total y radical de los comentarios aristotélicos, aunque todavía se ilumina el espacio de la historia de la filosofía con los fulgores casi crepusculares de los conimbricenses, de los complutenses, tanto Dominicos como Carmelitas, de los Colegios de San Cirilo y Santo Tomás, respectivamente, de un Araujo y de un Silvestre Mauro. Surge, en cambio, de la nada la era fecundísima de los cursos filosóficos, exposiciones sistemáticas y ordenadas, autónomas e independientes en cuanto a la forma externa, de Aristóteles, que desenvuelven metódicamente las doctrinas escolásticas según todas sus partes. Puede afirmarse que, iniciado este estilo poco después de Suárez y por influjo suyo, ha dominado plenamente los siglos que corren desde el XVII. Son legión los filósofos así dirigidos por Suárez: lo mismo de la Compañía de Jesús, que de la Orden de los Predicadores, que de la Descalcez Carmelitana y otros, sean de escuelas sistemáticas, sean independientes.

Si Suárez ha logrado dominar así, en cuanto a la forma ex-

terna, sobre la filosofía escolástica posterior a él, debe reconocerse también en esa unidad la razón fundamental del singular aprecio que por él muestran filósofos no católicos, como un Arturo Schopenhauer, que a las disputas suárezianas las califica de compendio auténtico de la Sabiduría escolástica, en el que es dado reconocerla mucho mejor que en las difusas charlas de profesores alemanes, quintaesencia, según la expresión del mismo Schopenhauer, de toda necedad y aburrimiento (34).

La gran obra que como incidentalmente nació del diminuto germen de un opúsculo sobre cuestiones abstractísimas, puramente metafísicas, y que luego adquirió cuerpo y se desarrolló en 54 disputas, que llenaban dos grandes volúmenes de 698 y 728 páginas, respectivamente, destinados a provocar una madurez filosófica fecundísima en ubérricos frutos, cosechados a través de estos tres siglos, era, al parecer del gigante que la engendró, una obra todavía incompleta. En sus últimos años sentíase Suárez agotado, y solicitaba de los Generales Aquaviva y Vitelleschi la ayuda del P. Perlín, que por entonces trabajaba en el Perú. Meses antes de morir, en enero de 1617, escribía al P. Vitelleschi rogándole de nuevo le concediera la ayuda de dicho Padre, ya que se sentía demasiado avanzado en edad para terminar todos los trabajos que tenía ya iniciados y para dejar una filosofía que correspondiera a su teología (35). Así puede llegar a desarrollarse una semilla insignificante arrojada en un surco fecundo al calor de un sol genial.

(34) Respecto a los últimos aspectos, bástenos con referirnos al magnífico estudio, el mejor de los de conjunto, sobre la Metafísica de Suárez, hecho por M. GRABMANN, capacitado como pocos, o ninguno, para apreciar todo el valor de esta obra: *Die Disputationes metaphysicae des Franz Suárez in ihrer methodischen Eigenart und Fortwirkung*, publicado en P. Franz Suárez, S. I., *Gedenkblätter zu seinen dreihundertjährigen Todestag*. Innsbruck, 1917, ps. 29-31.

(35) Cfr. SCORRAILE: Op. cit. T. II, L. IV, ps. 226-8, y L. VI, ch. I, p. 413.

## V

LA PERSONALIDAD DE SUAREZ A TRAVES DE ESTE  
OPUSCULO

Antes de terminar séanos lícito resumir como en conclusiones los puntos salientes de nuestro estudio y sus consecuencias.

Por de prònto hemos podido comprobar la existencia de un opúsculo suareziano enteramente desconocido hasta ahora. Hemos averiguado su título, hemos reconstruido su esquema y hasta hemos logrado llenarlo con las disputas XXXI y XXXIV de las metafísicas, a las que Suárez mismo nos remitió desde la edición salmantina de su primer tomo de comentarios a la tercera parte de la *Suma* de Santo Tomás.

Este hecho, a nuestro parecer, es enteramente cierto. De él se desprenden a las inmediatas dos consecuencias de relativa importancia, que justifican el que hayamos consagrado todo este estudio a un punto por lo demás secundario. El hecho de que Suárez, desde el primer momento de su producción científica, se viera forzado a tratar como cuestión básica las nociones de esencia, existencia y subsistencia, las realidades que a ellas en el orden físico corresponden y su mutua correlación, nos incita a pensar que en su concepción metafísica no los consideraba como doctrinas accesorias, discutibles con indiferencia y encuadrables dentro de cualquier opinión. Suárez veía implicados en esas cuestiones problemas metafísicos centrales; tal era, por ejemplo, delimitar exactamente y en sus últimos elementos el sér de la criatura, señalando concreto y definido el punto mismo divisorio del sér increado y del sér creado; punto éste de tanta mayor trascendencia cuanto que la primera principal dimembración y fundamental del sér común es, en la metafísica de Suárez, el de sér increado y sér creado.

Además, dentro de la constitución metafísica perfecta del sér adquiere en Suárez relieve su teoría sobre la subsistencia; no podrá estudiarse a fondo la doctrina de Suárez sobre la esen-

cia y existencia, ni será posible establecer un parangón de ella con la explicación de la escuela tomista, si antes no se ha descubierto toda la amplitud y profundidad de la trama metafísica que la subsistencia suareziana implica; trabaje éste que, a nuestro humilde parecer, no se ha realizado todavía hoy, después de siglos de enconadas discusiones. Y si observamos que la subsistencia, en su perfección de personalidad, es el punto de arranque y convergencia del mundo moral, y que por ella se consuma en el hombre su mayor dignidad y valor, a saber, su semejanza con Dios hasta el grado de ser su verdadera, aunque imperfecta, imagen, semejanza ésta que implica relaciones peculiarísimas con Dios y con los hombres, de las que emana dentro del mundo moral el mundo social, entonces habrá que confesar que tuvo razón Suárez al detenerse desde el primer momento a explicar y razonar su mente en lo que iba a ser cielo de su mundo metafísico.

Otro fruto inmediato del hecho comprobado ha sido el de fijar con exactitud los primeros pasos dados por Suárez para alcanzar la cumbre de su producción filosófica. Aun cuando en principio fuese él partidario de comenzar asentando una base filosófica, y principalmente metafísica, antes de lanzarse a la producción teológica, el hecho fué que, compelido por circunstancias extrínsecas, hubo de comenzar por esta última, proponiéndose entreverar con las disputas teológicas las cuestiones filosóficas necesarias según los casos, esperando salir así airoso en los problemas que se le presentaran. La experiencia le disuadió de su empeño. A las pocas disputas vió la imposibilidad de continuar con tal método, y hubo de redactar un opúsculo filosófico; y a los poquísimos años, lo que inicialmente fué intercalar un opusculito en la redacción de una serie de disputas, se transformó en intercalar toda una obra voluminosísima en una serie de volúmenes teológicos, cuya cuantía iba aumentando con pasmo de cuantos examinaban su contenido. Hemos podido también comprobar con certeza las fases de este proceso.

Y éste es el punto en que pisamos terreno aptísimo para sondear en las profundidades de la personalidad del Doctor Eximio; hasta ahora habíamos recorrido sólo la superficie de sus obras.

Tal como hemos visto obrar a Suárez en los albores mismos del alumbramiento de su gran obra filosófica y teológica, tenemos que decir que su mente, desde un principio, había tenido claramente dibujado, en su conjunto, un caudal de ideas filosóficas básicas, coordinadas en sistema compacto de perfecta unidad; y que no pudo menos de ajustarse fielmente a esos principios fundamentales en toda su producción científica, apelando a ellos como a decisivos, razonándolos a conciencia cuando lo demandaba la ocasión y siempre presentándolos perfectamente armonizados entre sí y entrelazados en apretada malla que aprisionaba toda su construcción científica.

De no ser así, y suponiendo a un Suárez que, sin principios fijos coherentes y universales, se lanzara al azar a la *Suma* de Santo Tomás para, a propósito de cualquier frase suya mal comprendida y desencajada de su unidad orgánica, ir derramando y sembrando a voleo ideas inconexas y deduciendo sin saber cómo ni para qué conclusiones más o menos fecundas, entonces no se explica, por una parte, su conducta inicial; a saber: no se explica que a cada momento tuviera que estar interrumpiendo el discurso teológico para dar cabida como a justificantes a explicaciones filosóficas; no se explica que consagrara desde un principio un opúsculo a una cuestión puramente metafísica y se atuviera luego inflexiblemente a las doctrinas en él expuestas; ni que optara, por fin, por dejarlo todo y dedicarse totalmente a la filosofía, y que, en tiempo relativamente brevísimo, produjera esa obra ingente, ante la que han quedado asombrados tantos sabios y de la que un crítico de la talla y ponderación de Grabmann ha afirmado que es una exposición sistemática de la *Metafísica*, la más completa que existe (36).

No se explica, por otra parte, y esto es mucho más grave, toda la obra teológica de Suárez. No es posible separar en él al filósofo y al teólogo, ni permitirse toda clase de alabanzas en favor del teólogo, para así poderse las escatimar, y aun negar, con tanto mayores visos de imparcialidad al filósofo. En Suá-

---

(36) «Die Disputationes Metaphysicae des Suárez sind wohl die ausführlichste systematische Darstellung der Metaphysik, die es überhaupt gibt.» Loc. cit., p. 42.

rez, no hubo más que un hombre, y todo el hombre produjo su gran obra; si fué un gran teólogo, necesariamente fué un gran filósofo, y particularmente metafísico; y si no fué filósofo, si no pudo su talento concebir una unidad metafísica del mundo natural y del sobrenatural, tampoco fué un gran teólogo, dada la concepción que de las relaciones mutuas entre filosofía y teología le hemos visto exponer. Suárez, como todo hombre, tuvo sus deficiencias, y tendría sus vacilaciones en detalles de aplicación, como las tuvieron Santo Tomás y San Agustín, y nadie podrá menos de llamar a boca llena gigantescas las figuras de estos dos colosos de la ciencia cristiana. Pero, a pesar de ello, la mole de la construcción sistemática suareziana está firme y en pie por su propio peso y por lo compacto y completo de su trabazón ideológica.

Con este aspecto de la personalidad de Suárez va íntimamente compenetrado otro, el de su eclecticismo. Nadie niega amplitud vastísima a la especulación suareziana, sea teológica, sea filosófica; y todos se sienten agobiados ante las proporciones que en Suárez toman las cuestiones, y tal vez no todos se sienten con ánimos para arremeter a fondo con su lectura profunda, y pretenden justificarse de su propia insuficiencia achacando difusión a Suárez. Dada la formación crítica y positiva recibida por Suárez en Salamanca y su lealtad científica y humana para con los hombres que antes que él estudiaron los puntos que él se proponía; dado el respeto que a las opiniones de ellos le infundía su educación noble y cristianamente humana, este hombre del barroco tuvo que estudiar, proponer y considerar con detención la historia de los problemas, examinándola y proponiéndola con minuciosidad en el detalle y con grandiosidad en el conjunto. Suárez, con todo, no es ecléctico, si por tal se entiende al hombre que en cada momento científico adopta una postura, la más cómoda, para salir del paso y escabullirse de las angustias intelectuales, sin tener en cuenta principios inmutables o posiciones ya adoptadas. Eclecticismo en Suárez, y de nuevo nos inspiramos en Grabmann, vale tanto como personalidad, independencia y originalidad; es progreso de construcción y formación con materiales procedentes tal vez de canteras varias, es innovación y a la vez conservación tradicional, un *ve-*

*tera novis augere*, sometiéndose, sí, de corazón y de mente al magisterio de Santo Tomás, pero con la misma noble independencia y dignidad con que el Aquinate se sometió a sus maestros: a San Agustín en Teología, a Aristóteles en Filosofía (37).

J. ITURRIOZ, S. J.

*Facultad Filosófica de Oña (Burgos).*

(37) «Aus dieser kurzen Gegenüberstellung... lässt sich ersohen... dass dieser Eklektizismus vielmehr ein Weiterbauen und Weiterausbilden, ein *Vetera novis augere* anstrebt. Man wird sagen dürfen, dass das Verhalten des Suárez zu der vorangehenden Spekulation methodisch der Stellungnahme des Hl. Thomas zu seinen Vorlagen gleicht, nur dass die aristotelisch-augustinische Synthese des Doctor Angelicus noch geschlossener und einheitlicher erscheint und die Verschiedenheit der Baumaterialien dank eines unvergleichlichen architektonischen Talentes weniger hervortreten lässt. Dem Eklektizismus des Suárez ist eine weiterstrebende Selbständigkeit, aber zugleich ein konservativer Zug einen.» Loc. cit., ps. 64-65.